

Discurso de Inauguración del Encuentro e Intercambio en Agroecología

I. De lo que pasa ahora

Desde arriba se ha trazado ya un camino, un camino de destrucción para el campo y para quienes lo habitan, un camino de destrucción para la gente que vive en las ciudades.

Los diferentes pueblos son despojados de sus tierras todos los días, con diferentes formas y diferentes modos, siempre con engaños, siempre con las leyes en la mano. Al mismo tiempo, se hacen caras las cosas que nos ha dicho que son necesarias para trabajar el campo de manera “más moderna” y se obliga a la gente del campo a migrar a otras partes del país o a otros países a trabajar en las ciudades o como jornaleros en grandes plantaciones, siempre con salarios miserables. Así, se obliga a los campesinos a dejar de serlo, a abandonar la tierra, a venderla. Y si el país se queda sin campesinos, si sólo se produce la comida en las grandes plantaciones, como pueblo mexicano vamos a perder el control sobre nuestra vida.

Las grandes compañías nos dicen que la única forma de producir alimentos es la de ellos, con muchos agroquímicos, con maquinaria que casi nunca tenemos y que hay que rentar. Se nos dice también que las semillas que heredamos de nuestros ancestros no sirven, y que tampoco sirve nuestro modo de comer. Y en las ciudades no se ve el esfuerzo de los campesinos que trabajan la tierra. Mientras tanto, las grandes fábricas, los aeropuertos y las nuevas carreteras destruyen nuestros suelos y contaminan nuestra agua.

Además cada vez tenemos que pagar más por cosas como la energía eléctrica o los fertilizantes que terminan por desgastar los suelos. Parecería que esto es sólo un problema del campo, pero en las ciudades ocurre algo parecido: los alimentos se hacen más caros cada día, al tiempo que se hacen menos diversos, parecidos a la dieta de los países más industrializados. Y entonces también aparecen ahí problemas de salud, que se suman a los que la pobreza urbana ya había generado. Porque conforme se pierden nuestras semillas y nuestra comida tradicional, han aparecido también las epidemias de diabetes, de cáncer y otros problemas que nos afectan a todos.

Mientras tanto en las universidades la tendencia predominante es mirar para otro lado, como si los problemas que se presentan en el país no fuesen también los nuestros. O si miramos esos problemas, el sistema enseña que hay que mirarlos hacia abajo, como si la solución de los problemas fuese a llegar desde arriba, desde un aula, un laboratorio o una oficina de gobierno, de modo que los académicos terminan sirviendo sólo a los poderosos. Y mientras el conocimiento que se produce en las universidades se va convirtiendo en mercancías, los investigadores van quedando más y más aislados, ensimismados, creyendo que eso es sinónimo de excelencia.

En su constante marcha contra las formas naturales de reproducción de la vida, en una guerra de conquista que se viene librando desde hace 500 años, hoy el modelo de agricultura industrial amenaza no sólo con hacernos más dependientes (de fertilizantes, agroquímicos, semillas), sino con destruir nuestra identidad como pueblos, nuestra capacidad para producir y, en última instancia, acabar con el planeta entero.

II. Que hay algo más en la tierra

Ya desde hace un siglo, cuando los zapatistas del sur de México luchaban por la tierra su lucha implicaba también la lucha entre la capacidad de decidir qué y cómo producir y la producción para el mercado mundial. Y ante las grandes haciendas cañeras y sus intereses ligados a los del poder, la lucha por la tierra fue también a su manera, una lucha por la capacidad de decidir en colectivo sobre la vida misma.

Pero a pesar de esa guerra de conquista, hoy, después de 500 años, en diferentes partes de México, sobreviven pueblos, lenguas, semillas y un abanico de diversidad cultural que también es un abanico multicolor de modos de trabajar la tierra. Ya desde hace un siglo, cuando los zapatistas del sur de México luchaban por la tierra, su lucha implicaba también la lucha entre la capacidad de decidir qué y cómo producir y la producción para el mercado mundial. Y ante las grandes haciendas cañeras y sus intereses ligados a los del poder, la lucha por la tierra fue también, a su manera, una lucha por la capacidad de decidir en colectivo sobre la vida misma.

Nuestros problemas para conservar y acceder a los suelos y el agua, para conservar las semillas, para defender el territorio y para cerrar el abismo que hay entre el campo y la ciudad se ven muy grandes cuando los miramos solos. Por eso decidimos hacer un encuentro.

Porque no es cierto que no existe conocimiento sobre la tierra y la forma de hacerla producir entre nuestros pueblos. A lo largo de muchas generaciones aprendimos cómo trabajarla y cómo cuidarla. Y la academia y las grandes universidades miraron ese conocimiento sólo de paso, de lado. Y las políticas de los gobiernos han promovido que se abandone ese conocimiento y que sólo se acepte como bueno el conocimiento de los técnicos, a quienes se enseña desde las escuelas a despreciar el conocimiento tradicional por “atrasado”. Sin embargo, ese conocimiento tradicional ha ayudado a generar la diversidad de formas, colores y sabores de nuestros productos del campo. Hubo un tiempo en el que se pudo sembrar sin los múltiples agroquímicos que las empresas venden. Y las semillas de variedades locales nos han alimentado desde mucho antes de que empresas como Monsanto siquiera existieran.

Ha sido el trabajo de la gente el que ha generado y mantenido sistemas agrícolas no sólo capaces de alimentarnos, sino además de sostenerse en el largo plazo. La dependencia, la pérdida de suelos y de diversidad, así como la contaminación y destrucción del ambiente no son inevitables.

Los campesinos resuelven problemas todos los días, no los resuelven de un solo modo, sino de muchas formas según el lugar y el tipo de tierras, del clima, de las semillas y hasta de los gustos: de las maneras de comer, de festejar y de vivir en cada lugar. Ese conocimiento se ha generado a lo largo de miles de años y de muchas generaciones. Y sin esa diversidad de semillas y modos de trabajar, la humanidad misma está en peligro. Por eso pensamos que era bueno hacer un Encuentro de Intercambio y Trabajo en Agroecología. Porque si el problema viene muy grande, es mejor no mirarlo solos; es mejor conocer otras experiencias de trabajo, otras formas de enfrentar los problemas del campo. No para que otros vengan de fuera a decir qué hacer, sino para aprender de los demás, como iguales, en colectivo.

III. Un encuentro

El espacio que abrimos hoy busca ser un encuentro. Un encuentro entre dos grandes sectores: el académico y el de los campesinos. Un espacio en el que los académicos escuchen y volteen a ver otras formas de conocimiento, otras prácticas. Y un espacio para que la gente sencilla que trabaja la tierra pueda mirarse, reconocerse y recuperar el conocimiento propio desde las formas de producir en el campo como un conocimiento válido y legítimo.

A partir de la noticia de otras experiencias en las que al hablarse y escucharse diferentes campesinos se han hecho más fuertes y han podido enfrentar mejor problemas de plagas, conservación de suelos, conservación de semillas, etc., empezamos a pensar que se podía tener una experiencia de intercambio y de trabajo aquí en Zaachila, en los Valles Centrales de Oaxaca.

La Villa de Zaachila tiene una historia de lucha, que le ha permitido defender sus tierras de cultivo y por eso nos parece que es un lugar muy bueno para hacer este encuentro. Porque la defensa de las tierras es también la defensa de nuestras milpas y la defensa, en general, del derecho a decidir sobre nuestras vidas como pueblos, el derecho a decidir cómo y qué sembrar, y así a aprender y experimentar nuevas formas de trabajo que nos hagan menos dependientes.

Hoy nos reciben los compañeros de Zaachila, cuyo trabajo y disposición es la base fundamental para que este encuentro pueda ocurrir. En la organización del mismo han participado el Consejo de los Siete Pueblos en Defensa de la Tierra y el Territorio, Zaachila Radio, el Ayuntamiento de Zaachila, las Unidades de Riego 14 y 11. Para la realización de este encuentro hemos colaborado estudiantes y académicos del Instituto Tecnológico del Valle de Oaxaca (ITVO), de la UNAM, de la UAM, Universidad Autónoma de Chapingo, de la Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad y muy especialmente de Cuba de donde vienen compañeros de la Universidad Agraria de La Habana y de la Asociación de Capacitadores en Trabajo Agrícola y Forestal.

Asisten y participan en este encuentro: la Unión Campesina Indígena de Oaxaca Emiliano Zapata, la Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo, Centro de Desarrollo Integral Campesino, el Grupo de Estudios Ambientales

Campesinos de la Costa, la Cañada y los Valles Centrales de Oaxaca, de

Por supuesto, pensamos que de esto surgirán más preguntas que respuestas. Qué bueno que así sea. El objetivo del encuentro es empezar a intercambiar experiencias de trabajo. Para aprender en colectivo de lo que nos ha salido bien en el trabajo de la tierra, pero también de lo que no ha funcionado.

Y en este sentido lo que buscamos es dar un primer paso apenas. Que esos académicos que vienen hoy a escuchar puedan participar junto con la gente en la imaginación, en el planteamiento de nuevas preguntas. Pero que esas preguntas ya no pertenezcan a alguna de las soledades que nos lastiman, ni a la de los académicos perdidos en un mundo reducido a cuatro paredes y desconectado de la realidad. Y que tampoco se queden en la soledad de los pueblos que solamente son mirados cuando los quieren despojar de algo.

Se trata también de que como pueblos tomemos conciencia colectiva del saber y de las experiencias que ya hemos caminado en la agroecología. Porque esas experiencias vienen de antes de que la academia empezara a discutir siquiera qué es la agroecología. Pero se trata también de caminar menos solos, no siguiendo a los académicos ni de que ellos sigan a los campesinos, sino de caminar juntos. De empezar a cambiar la forma en que nos relacionamos y la forma en que construimos y nos apropiamos del conocimiento. Y nos interesa hacer eso porque pensamos que de esa manera seremos más fuertes para resistir la tormenta, la destrucción que el sistema nos ha impuesto a los campesinos, universidades y organizaciones.

Que de aquí salgan nuevas ideas, acuerdos, proyectos. Algunos de esos acuerdos y proyectos serán entre los propios campesinos, otros más con los académicos, otros con aquellas organizaciones que tratan de lograr una mejor alimentación para las ciudades; quizá algunos sean grandes, quizá otros sean solamente dar ese paso que es darse cuenta de que nuestros problemas no son sólo nuestros. Desde arriba se ha destruido mucho, pero en nuestros campos la vida sigue germinando, queremos que este encuentro sea una semilla y que su resultado crezca y florezca de muchas formas. Hoy 10 abril seguimos diciendo que Zapata vive porque la lucha sigue, y que por eso, también la milpa sigue. Declaramos inaugurado este encuentro, que es nuestro y el camino que de él resulte.

Como la tierra, será de quien lo trabaje.